

УВА. ВНСС. ЛЕГ.13-2 н°1021

Li

Leg 13 pag 2

No. 4

1021

ORACION FUNEBRE

QUE EN EL ANIVERSARIO

SOLEMNE DEL DOS DE MAYO

DIXO

Este año de 1815 delante de S. M.
y de los Señores
Infantes

DON ISIDORO FRANCIS Y CABANAS,
Coadjuvado en la Real Iglesia de S. Isidro
de esta Corte.

LA DA A LUZ

EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO

DE ESTA VILLA Y CORTE DE MADRID.



MADRID
IMPRESA DE IBARRA

1815

AL REY NUESTRO SEÑOR.

SEÑOR:

No soy yo el que ofrezco á V. M. este elogio fúnebre, los mismos héroes cuya memoria en él se celebra, previenen mi eleccion, y del sepulcro van ante V. M. á repetir el testimonio de lealtad y patriotismo, que siete años ha sellaron con su sangre. Ellos hacen ver quanto un padre puede prometerse de un buen hijo en dias de amargo desconsuelo; con que se precie V. M., y tenga por su mayor timbre ser

padre amoroso de sus leales españoles, que los españoles en alas de amor vendrán al Prado de esta Heróica Villa á desenterrar el espíritu de aliento, que está allí depositado, y sostenidos de él, por su Rey y por la Patria repetirán en toda época la escena memorable del 2 de mayo de 1808. Es decir en suma, Señor, que si V. M. halló el secreto maravilloso de enseñorearse de nuestros corazones, nada difíciles de ganar, nosotros dándonos por rendidos muy á placer, contaremos á gran dicha ser presidio y escudo de FERNANDO VII contra los tiros de la invasion, porque FERNANDO VII es nuestro presidio, y aun mitad de nuestra alma por su gobierno paternal y clemente. A esta gloria aspire V. M., y esta le desea su rendido humilde capellán de S. Isidro, puesto

A L. R. P. de V. M.

Isidoro Frances y Cabañas.

SA

Et locutus est ad eos verba pacifica in dolo, et
irruit super civitatem, et percussit eam plaga
magna. I. Machab. I. vv. 31. 32.

SEÑOR:

Antiocho, Rey grande del Asia, fiado en su poder colosal meditó contra razon y justicia penetrar de su reyno al Egipto, y hacerse señor por la fuerza de aquel hermoso pais, no embargante que allí reynára Ptolomeo, y causa no habia dado alguna, para que le provocasen con las armas en la mano. La ambicion pues desmedida no bien sentada en un solo trono, quería ocupar dos y mas que fuese posible, y la ambicion á este fin y con el doble objeto de pasar á Israel preparó un formidable apresto militar, qual nunca hasta entonces se vido en aquellas regiones, cuyo resultado fué apoderarse de todas las fortalezas, quantas habia, hacer enfermase el mozo robusto al

igual que el decrepito anciano, las vírgenes que viniesen á menos en su tez delicada, arrancar lágrimas de sangre de hombres y mugeres, y sembrar la confusion pavorosa de un á otro confin del reyno; en tanto grado que se estremeció la tierra, ó si place decir, se dió por sentida de peso tan enorme. A este que podemos llamar primer acto de una tragedia dolorosa, se siguió luego despues la entrada en Jesuralen con gran acompañamiento del Recaudador de los tributos, que vendiendo paz en las palabras, traia la guerra en el corazon, el fuego para incendiar, la devastacion para derruir, las cadenas para captivar sin descrimen de personas, la barbarie para derramar sangre inocente, la muerte sañuda..... Mas ¿dónde voy, ó qué entusiasmo á mí me arrebatata? Me olvidé, Señor, por un momento, que hablaba en presencia de V. M., y que venia á hablar de la luctuosa catastrophe en esta corte el año de 1808 por causa y disposicion del Antiocho de nuestros dias. Ya en

fines del año anterior y baxo pretextos apa-
 rentes habia introducido en la península
 sus huestes armadas, y de ellas unas ca-
 minan camino de Portugal, otras se dirigen
 á Navarra, quales se acantonan en Cata-
 luña, y una buena parte se interna, y
 hace asiento en Castilla; pero Castilla, Ca-
 taluña, Navarra, la España toda no puede
 no explicar su suspension, sin saber á que
 atribuya tamaña novedad, porque para
 venir de buena fé, no decia bien el cañon
 y la mecha allí junto, para entrar con ani-
 mo hostil, no se hallaba motivo razonable,
 ni le diera nuestro gabinete, para concertar
 disensiones domesticas, si alguna quizás habia
 por desgracia, no eran prevenciones de ami-
 gable componedor enviar delante bayonetas
 y esquadrones; y así era que todos á una, y
 todos arrasándoseles los ojos en lágrimas de
 sobresalto, con expresiva silenciosa admira-
 cion se decian mutuamente: ¿si será esta
 la preñez del monte de la fábula, ó el ca-
 ballo engañoso de Troya? Para creer lo uno,

inclinaban las disposiciones y confianza del gobierno, que nada parecia rezelar, mas para temer lo otro, vianse presagios de muy mal agüero por todas partes, y que no eran para mirados con indiferencia. De hecho unos huéspedes con mano poderosa; unos huéspedes que á despecho de los gobernadores ocupan las plazas de Pamplona y Barcelona; unos huéspedes en el sobrescrito pero verdaderos señores en el fondo, ellos contra lo natural se dexan ver arrogantes en tierra extraña, ellos al sencillo aldeano le exponen con demasias en su casa propia, ellos piden como quien no recibe favor, ellos recargan los pedidos sin consideracion de tiempo y lugar, ellos hacen gemir á los pueblos con su estable onerosa permanencia hasta el punto de apurar la paciencia heróica de sus vecinos, que no pudiendo ya mas, recurren al Soberano se digne mirarlos con compasion doliente, ¿quién, digáme por su vida, quien tan candido que no tema de estas señales de tem-

pestad borrascosa? ¿En qué juicio cabe prometerse un desenlaze feliz de un enredo, que por orden regular lleva á la confusion é intrincado laberinto? Plugiera Dios me engañase para satisfaccion de V. M. y bien general del reyno; mas ¡ay de mí! que pronto, bien pronto aclararse han estos misterios de política dolosa en daño de V. M. y de sus leales españoles, pues ya las columnas del alto pirineo es sentido conmoverse al sentar el pie con su numerosa comitiva el Aman sublimado de lo hondo de la obscuridad, que como el favorecido del rey Asuero se pone en solio privilegiado, y trae orden de hacer del pueblo español regia y despóticamente. Ya resuenan las llanuras de Castilla en toda su extension al pisar fuerte de las falanges que le escoltan, y las troxes de aquella abundosa provincia, y en ellas el sudor de sus pacíficos moradores, no alcanzan para el pan de una mesa mas que asiática. Ya está casi á nuestras puertas haciendo tiempo, y disponiéndose de Somo-

B

sierra acá para consumar el sacrificio. Ya va á entrar..... Pero, Señor, ¿ posible es, que vuestro cabildo de San Isidro valiéndose de mí el último de sus capitulares, ha de ser el intérprete, que por primera vez hable á V. M. de este acontecimiento doloroso? ¿ Posible es, que esta vez que tengo el honor de hablar á V. M., he de renovar el dolor infando de como el insaciable Napoleon acabará de descubrir su intento perdido de apoderarse de nuestra casa, suceso que sino le presencié en un todo, al menos le sentí á par de mi alma qual otro alguno? Mas pues Vos lo quereis, y es interés de V. M. saber lo que nos pasó el memorable dos de mayo, aunque no es posible diciendo ponderarle dignamente, ni tampoco contener las lágrimas al acordar un dia de juicio segun nuestra frase, con todo obedeceré hasta donde lleguen mis fuerzas, y así digo, Señor, que Murat, este hombre odioso por siempre á los Madrileños, este príncipe de la ira entró al último en vuestra Corte, enviado á

cumplir el decreto terrible firmado con sangre, mas no con sangre amenaza al pronto, si bien siendo lobo dañino, en los primeros dias viste piel de oveja mansa, que no tarda en deponer, y rompe los diques de su cólera, llegado el fatal término de la sentencia; de calidad que quadra á este proposito aquello de la escritura, al decir el genio y cruel condicion del Príncipe de los tributos de Antiocho, á saber, que *habló con fraude palabras pacíficas, y de repente se echó sobre la ciudad, y la afligiera con grandes trabajos y calamidades*: calamidades que dieron á conocer como eran en sí á los que se decian amigos nuestros, pero calamidades que acreditaron quanto Madrid preciaba á su legítimo Rey, quanto le iba ofrecerse espectáculo de heroicidad, que imitase la nacion entera en la lucha, que vierase ya inevitable, y quanto pudieran prometerse los españoles, si demas de las fuerzas del arte y del valor merecian estar asistidos del brazo poderoso del Dios de las alturas, cuya gracia necesito para el acierto.

Si los hombres llevasen el corazón en las manos, decía *Señor*, que si los hombres llevasen siempre el corazón en las manos, ó una ventana tuviesen al pecho, para ver y registrar sus interiores sin riesgo de falencia, creible es que entonces no hubiese sido tan fácil á Napoleon entrar sus tropas en nuestro reyno; y dado que algun mal español por fines torcidos maquinase el crimen de vender á su Rey y á la patria en aquella época, qué se yo si en esta hipotesi el suceso memorable del 19 de marzo en Aranjuez se habria anticipado al mes de noviembre de 807, y España puede que con mas recursos y nervio de que disponer á la sazón, habria quizá conjurado mas pronto la nube, que tanta piedra descargó despues años enteros. Mas sea de esto lo que fuere, creo para mí, que aquel genio bullicioso de temor sin duda de caer en la nota del mundo ente-

ro, si viese movia sus armas sin motivo alguno de antemano, ó ya tambien pareciéndole muy duro provocar á cara descubierta el enojo de una nacion, que descansaba en brazos de la mas íntima alianza, que por uno que por otro ello es, que Napoleon dando vueltas tortuosas como la serpiente, del principio se vale del disfraz, y desde el principio prepara los caminos con embozo, para llegar al término de sus deseos, fuera de otros ardidés ulteriores á que recurre mucho adelante, quando ya corriera el velo de todo punto. Así es que fecunda su imaginacion en salidas y puertas falsas, y como práctico en el arte de embair, dora la pildora de la entrada de sus exércitos con el socolor especioso de que venian de paso á acometer una árdua empresa, que todos ó los mas dieron por sentada, y creyeron por entonces, aunque dividida la opinion en esta parte, porque unos suponen un gran desembarco en la Africa, y otros el bloqueo del Peñon de Gibraltar. ¡Ah Señor! Vos y vuestros españo-

les es muy cierto son los moros, que él quiere sojuzgar á toda costa, y España el peñon fuerte, que trata de expugnar por todos medios posibles; pero miéntras haya honor español, írritos serán sus conatos, y los últimos esfuerzos de su potencia se estrellarán en la constancia española como ola encrespada en roca firme. Al menos yo así lo entiendo, si ya entiendo tambien, que antes de batir con el ariete de la fuerza, se valdrá del ingenio de la persuasiva, para minar las voluntades, y hacer muchos balanceen en su proposito, añadiendo á mayor abundamiento por sus emisarios, que viene de paz; paz y buena armonía que encarga á sus soldados con estudio, paz que repite, y anuncia de nuevo Murat bifronte, y para que mejor le crean, de palabra este y mas por escrito habla qual fingido Ulises. El escribiendo de Burgos en 13 de marzo á las autoridades de Castilla la Vieja y Vizcaya, demas de prometer, que se pagarian con puntualidad las crecidas cantidades anticipa-

das para las tropas francesas, añade que Napoleon ama á los españoles entrañablemente. El por orden publicada en su ejército en 22 del mismo mes encarga la mas severa disciplina, y el mas grande miramiento para con todos los habitantes de Madrid, porque vais á entrar, dice á los soldados, vais á entrar en la capital de una potencia amiga, de una nacion aliada. El en la orden del dia dos de abril diz mira con complacencia el buen porte de sus soldados, y mas aun la armonía entre el ejército y la nacion española, y que esto le llena de satisfaccion. El por último lisonjeando á Madrid, y como compadeciéndose de sus habitantes, por orden de 16 del referido mes manda, que ningun oficial en lo sucesivo pueda tener alojamiento en la villa sin su expresa licencia. Tales eran y tantas las demostraciones de amistad, que á suponerlas reales y sin doblez, es bien seguro, que los Madrileños encontráran en los nuevos huéspedes la pureza de intencion, que tan estimados hace á

los mortales; pero ¿cómo creerlas sin escrupulo el mas mínimo, quando si miramos las cosas de cerca y con ojos claros, Murat en su conducta induce á la mas triste desconfianza? Murat no tiene correspondencia alguna ministerial con nuestro gabinete. Murat no admite el Buen Retiro, que se le destina para su habitacion. Murat vive una vida oculta sin salir de su palacio encantado sino muy poco. Murat no se dexa ver en el palacio de nuestro Monarca. Murat no reconoce á nuestro legítimo Rey, y huye de darle tratamiento alguno. Concederé de grado, que despues del reconocimiento solemne con que Madrid aclamó Rey de las Españas á FERNANDO VII en la entrada pública, que hiciera á su venida de Aranjuez, concederé, digo, que ya nada habia que desear ó sobreponer á esta espontanea inauguracion y grandiosa; y añado mas, Señor, y permítaseme decirlo así, que si algun dia tuvo V. M. motivo de envanecerse honrosamente, sin duda el 24 de marzo de 808, y solo el que

lo vió, puede imaginar la embriaguez y rap-
to de Madrid, qual nunca colgada aquel dia
la carrera de corazones exhalados, colgadu-
ra la mas rica del mundo, y la mas preciada
para una alma sensible. Empero ¿qué tenia que
ver esta efusion cariñosa de los Madrileños
con lo que debió hacer Murat por su parte?
Si él entró en esta Corte el 23 y V. M. al dia
siguiente, ¿no era debido que á la hora fuese
á obsequiar al dueño, en cuya casa recibia
singulares favores? No lo hizo, y he aquí
que á pesar de todo ya luego dió que rezelar
bastante á los buenos españoles y con justa
causa, que sin duda por esto y para llevar
adelante el encanto, súbito haz industriosa-
mente placeen los suyos, que en breve esta-
rá Napoleon en España, y que vendrá á
esta Corte á negocios de gran momento, y
á estrechar mas y mas el vínculo, que une á
las dos naciones; viage que excúso detener-
me en qual le vistieron de importancia suma,
y junto le precipitaron por horas, á la verdad
vuestra justa ira no quiero precipitar aquí,

C

mayormente quando lo que hubo de cierto en el particular, es bien sabido de todos, todos saben bien, que esta fué una de tantas invenciones de la simulacion, para encubrir la mina, que se abriera al descuido con gran cuidado, y que estaba á punto de reventar en Madrid, y así fué que la llegada de Napoleon se esperó por instantes, y no se verificó en la vida, lo que que trazaba Murat de antemano con el secreto posible, se cumplió al punto segun sus deseos, y lo que suspirábamos los españoles, lo conseguimos á duras penas despues de recios combates en el campo de la gloria. Nosotros aspirábamos á vivir baxo la sombra é imperio de FERNANDO, este era nuestro voto, esta nuestra ansia, y Murat trataba de arrancarnos esta prenda querida, este centro de nuestros corazones, y lo que no era facil conseguirlo á las claras, lo logró al fin por astucia baxo título de paz, (hasta con nombre de paz se cubre la mas pérfida de las traiciones) y á pretexto de que era

muy del caso salir FERNANDO en persona á cortejar á Napoleon, que venia viniendo y nunca llegaba. Salisteis, Señor, de esta Corte el 10 de abril, salisteis en dias de pasion y de dolores, porque pasion ibais á padecer, y pasion van á sufrir vuestros fieles Madrileños en defensa de vuestra causa y de sus hogares, pues en paz sea dicho, y sin que desmerezca para mí pueblo alguno de España, no hay dudar, que Madrid el 2 de mayo bebió hasta las heces el caliz de la tribulacion. Los que salvamos de aquel diluvio de fuego, merced de la divina providencia, que por juicios inescrutables nos reservó para otros trabajos; mas no fué indulto, que nos concediese aquel, á quien hospedabamos en nuestra casa, á quien cedieramos nuestra cama única, con quien partiamos nuestro pan, porque este pan, esta cama, esta casa no sirviera que para dar calor á la culebra ponzoñosa, que enroscándosenos al cuello á la mas impensada, de suyo nos procurase la muerte. La muerte, repito con amargura,

porque Murat no es la paloma, que decia traernos el ramo de oliva, es si el buytre que á poder sacarnos ha las entrañas á todos, y á sus ojos ya no somos aliados sino enemigos, no somos mas que unos perturbadores del órden público, unos mofadores insolentes de su persona, y teniendo por desacato grave no le doblen la rodilla como él quisiera, arde en venganza hasta lo sumo, y medita como despucarse á su placer, y adelantar el desenredo de la fábula, que hasta allí se habia seguido con la ilusion de paz amistosa.

Un incidente sin duda procurado por el mismo Murat, es la chispa que levanta el incendio, que estuvo á pique de abrasarnos del primero al último, y no bien los Madrileños llevados de su amor á las personas Reales, intentan impedir la marcha del Serenísimo Señor Infante D. Francisco, que iba á salir camino de Francia, quando (las diez serian de la mañana de aquel dia aciago) quando se presenta un destacamento de tropas francesas en tono

amenazador y guerrero, que trae orden de valerse del fusil, si necesario fuese, y dar la alarma en todo trance. Murat ¿es esta la correspondencia á los favores entrañables, que no ha mucho confesaste deber al pueblo de Madrid? ¿Así y tan sin rubor se violan los derechos mas sagrados de las gentes? ¿Tan á sangre fria y por tan corto motivo se fulminan rayos exterminadores? Pues ¿qué queda para el campo de batalla, donde preside Marte furibundo, y se contiende de nacion á nacion sobre provincias y reynos enteros? ¡Ah fementido! que en este atentado se conoce bien la traicion, que tenias preparada, y de ella se trasluce lo mas, que podemos esperar de tí. Terror, truculencia, fuego infernal, derramamiento cruel de sangre, sentencias inhumanas, violentas execuciones, tal es el comienzo del Mayo florido del año de 808, que aguarda á los nobles Madrileños, quienes no pudiendo contener el volcan de su furor, viéndose sin su Rey y sin todas casi las personas Reales, y

mal correspondidos por otro lado del soldado francés, corren presurosos y como fuera de sí por las principales calles y plazas, diciendo á grito herido: *los franceses que nos han engañado, los franceses que nos dexan sin nuestro Rey, y sin las demas personas de la Real familia.* Visteis vendabal furioso, que mañana alegre la enluta en un punto; visteis ola movida en esta extremidad, que en un golpe de vista se comunica á la otra, y turba la faz hermosa de las cristalinas aguas, al simil aquella voz comunicándose á todos los extremos de la Corte con la velocidad del rayo, indecible la sorpresa que causó en los Madrileños indistintamente, y como sin pararse un momento, toman la resolucion generosa de vengar tantos ultrages, á costa aunque fuere de su vida, y sin advertir la lucha desigual en que entráran. Los franceses gente de tropa y veterana, y los Madrileños soldados visoños é inexpertos en las artes de guerra, pues la guarnicion española tenia órden del capitan general, y se cumplió con

rigor , de no salir de sus quarteles. Los franceses comandados por generales de ciencia y experiencia , y los Madrileños sin otro xefe que su valor y ánimo impertérrito. Los franceses que atacan prevenidos y tomadas previas disposiciones, y los Madrileños que obran sin prevencion ni plan concertado. Los franceses que tienen un tren respetable de artillería, y los Madrileños que no pueden contar sino con un corto número de escopetas, y algunas mohosas y tomadas de orin; sin embargo ni cañones, ni tropa formada, ni Mariscales, nada que intimide á los Madrileños, y á veinte mil y mas bocas de fuego exterminador oponen sus pechos de bronce, y hacen una resistencia inaudita, y ofrecen exemplos dignos de eterna memoria. Aquí una muger sin mas armas que unas piedras se atreve con un coracero bien armado, y triunfa de él dándole la muerte. Allá uno solo valido de la oportunidad del lugar, hace frente á un destacamento francés, que detiene su marcha, creyendo estaba defendido

aquel punto por un sinnúmero de personas. En esta parte uno tambien solo se arroja sobre una partida de dragones, y vende bien cara su vida. En la otra unos quantos paisanos intentan, y consiguen apoderarse de un cañon con la caixa de municiones. Brevemente no es dable referir las acciones heróicas y portentos de valor de los Madrileños este dia, y decir basta, que muchos á trueque de no sobrevivir á la suerte triste, que adelante afligiera á los españoles, con conocimiento de perecer se entran en los peligros, y morir por el Rey y la patria es para ellos morir dulce y sabroso. Pero esta oposicion y valentia Madrileña enciende mas y mas la furia de los franceses, que disparan el cañon con la calma que lo hicieran en despojado, y con él ó con el fusil asestan sin miramiento ni distincion de circunstancias. Encuentran á una criatura ó persona de edad propecta, sin señal uno y otro de haber tomado las armas, allí mismo le quitan la vida, porque no distinguen de edad. Hallan al

paso á un sacerdote con el hábito de su estado, tampoco se compadecen de él, porque no distinguen de clases. Va á cruzar este sugeto de una acera á otra, le dexan tendido en medio de la calle, porque no distinguen de ocasiones. Reparán asomado aquel al balcon ó ventana, sentado ó como esté, le dexan yerto de un tiro, porque no distinguen de lugar; y de esta manera con el cañon y el fusil van discurriendo de una en otra calle, sembrando por todas partes el pavor, y pagándonos con la muerte la vida, que muchos de ellos recobrarán al abrigo de nuestra generosidad.

En tanto que esto pasa en el centro de la poblacion, los memorables artilleros Daoiz y Velarde y con ellos el distinguido Ruiz hacen prodigios de valor en el parque de artillería, y eternizan su nombre en el templo de la fama; y antes de entrar en combate y con solos quarenta hombres del regimiento infantería de Voluntarios de Estado tienen la gloria, de que rindan las armas trescien-

D

tos franceses , que destacára Murat para apoderarse del parque. En seguida colocan tres cañones do mejor les parece , y encargado cada uno del suyo , se aperciben á resistir al enemigo , que suponen y suponen bien no tardará en presentarse á forzar si puede aquel punto. Tres veces acomete con fuerzas superiores , y otras tantas es rechazado con mengua suya , y eterno renombre de los héroes artilleros , que libertadores de Madrid los aclama la gente allí reunida ; y en verdad que lo pudieran ser , si los franceses por último no engañasen con señal de paz , que bien pronto y quando han ganado posiciones , se convierte en guerra , y á Ruiz le entra una bala por la espalda , aunque sobrevive por entonces , y dá alguna esperanza de vida , Velarde muere de un balazo , y Daoiz espira de allí á poco de una estocada , envuelto en su propia sangre. Crueles balas , insano acero , que no respetais el valor del hombre ; y cierto , Señor , que fué sensible esta pérdida , pues con razon era de esperar ,

que aquellos insignes artilleros fuesen con el tiempo unos denodados inteligentes caudillos y defensores de vuestras banderas Reales; pero adoremos los altos juicios de Dios, que es quien lo dispone, como así dispuso tambien, que vencido Murat de repetidas instancias que le hicieron, calmase al fin la tormenta, para lo qual este mandaria á sus tropas sobreseer en las hostilidades, y españoles de suposicion y de primer órden cuidarían de sosegar á los Madrileños, y se retirasen á sus casas, seguros ya no tenían que temer, pues estaba concedido perdon general. Por nuestra parte se cumplió puntualmente, entre dos y tres de la tarde salió en público el Real y Supremo Consejo de Castilla, y de entonces mas no se notó movimiento alguno en los habitantes de Madrid. Y Murat ¿qué es lo que hizo? Aquí falta el aliento, y la lengua no acierta á decir, lo que acaso muchos dudarán creer. Porque ¿cómo era de creer, que maliciosamente descuidase el cumplimiento de su palabra? ¿Cómo era de

creer, que con sus disposiciones diese margen á impensadas mayores tragedias? No era de creer, porque no cabe en la imaginacion, que aun hubiese que añadir á lo pasado; y á pesar de eso publicó la órden del dia, escrita con sangre de tigre, y sus tropas todavía mas bárbaras validos de ella, llegaron á lo último de la ferocidad y de la carniceria en su porte. Así fué que los Madrileños fiados en la palabra que se les diera, salen unos á saber de sus amigos, otros á quienes la tempestad cogió fuera de casa, caminan volando á sacar de penas á sus familias, quienes son llamados con instancia de sus conocidos y deudos, quando de repente todos son interprendidos por patrullas, que se cruzan unas con otras, y sin mas cuerpo de delito que el que los soldados quieren suponer, ó allí y aunque sea en el atrio de una iglesia (estremece el acordarlo) les pasan por las armas, ó á librar bien los llevan presos, para ser trucidados ó inmolados sin piedad ya bien entrada la noche. Entonces

desnudos los infelices y puestos en fila, como segador siega cañas en el agosto, los verdugos de Murat cortan.... Pero levantemos la mano, que no es bien entristecer á V. M. con una pintura tan horrorosa, ni tampoco quiero turbar el reposo de tanto inocente como descansan en paz con la memoria fúnebre de su martirio, harto en los últimos momentos de su vida sufrieron á manos de los franceses, para que no hallen ahora compasion entre sus hermanos; con todo sí diré, que el Prado delicioso, vergel de nuestra corte y aun de la Europa toda; el Prado convertido aquellos dias de lugar de deleite en soledad de amargos ayes y lamentos; el Prado hecho panteon y enterramiento de ancianos venerables, de ministros del santuario, de hijos báculo que eran de sus padres en la vejez, de padres que dexan á sus hijos en la horfandad y miseria triste, de esposos por cuya muerte quedan inconsolables las esposas, el Prado publicará eternamente las crueldades inauditas, que come-

tieron los sayones de Murat despues de concedido el indulto, y Madrid en toda su extension y hasta en los sitios mas retirados presentará los monumentos de fiereza, que levantó Murat el dos de mayo de las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Ventanas y balcones acribillados á balazos, obra es de Murat inclemente, salid lágrimas sin duelo. Casas atropelladas sin miramiento alguno, obra es de Murat, salid lágrimas sin duelo. Columnas de los templos marcadas con la bala del cañon, obra es de Murat, salid lágrimas sin duelo. Iglesias ó sus umbrales regados de sangre española, obra es de Murat, salid lágrimas sin duelo. Y para decirlo de una vez, obra fuera de Murat, que los honrados Madrileños en particular aquel dia nefando se dexasen ver despavoridos, cerradas sus tiendas, cubiertos de luto, amenazados del cañon á cada hora, y en un sobresalto continuo, salid lágrimas sin duelo. Se puede con razon acomodar aquí, lo que la Escritura dice aconteció en Jerusalem en la entrada del

Recaudador de los tributos de Antiocho, esto es, que los habitantes se escondían temerosos, las fiestas que se convirtieron en días de llanto, y la gloria de la ciudad que decreció á par de la tristeza, que se derramará de un á otro punto; pero yo añado aun, que el disparo aquel día en Madrid del cañon francés enardeció al leon de España, que bramó desde la cumbre del Guadarrama, do preside con magestad, y á su bramido que se oyera en todas partes, se disponen como de concierto las provincias, y juran ante el Dios que registra los corazones, morir y morir muerte gloriosa antes que mancillar su nombre con bastardia, ni reconocer otro REY que FERNANDO VII, de que vino, que ninguna provincia que en todo el mes de mayo no tremolase sus pendones, que no nombrase su Xefe principal ó cabeza de armas, que no escogiese sus cabos, que no acudiese al peligro ó causa general del Rey y de la nacion. Y ¿quál el fruto en el estio despues de no poco sembrar en el otoño? Pre-

sente está, y vosotros y á impulsos de vuestros sentimientos eloqüentes mas que mis palabras, ponderais allá en vuestro interior la dicha de ver entre nosotros al deseado FERNANDO VII, que sentado en su trono y en derredor suyo la corona mas lucida y respetable hace oraciones, y pide por los que á la otra vida llevaron estampado en el corazon el nombre de FERNANDO y el de España.

Espanoles todos, imitemos el exemplo de nuestro amable Rey, y acordémonos en nuestras plegarias de las víctimas, sacrificadas bárbaramente el dos de mayo de 808, eran espanoles, eran carne de nuestra carne, y bastar debe esto, para que los tengamos en la memoria dia y noche, demas de que raro será quien no les sea especial deudor por título de amistad, por parentesco, por ley de agradecimiento justo; pero acordemos tambien seguir sus huellas, y emular su constancia firme, quando la ocasion lo pidiere, y la justa causa de nuestro Soberano. Paréceme los veo levantar de entre las sombras y

horrores del sepulcro, y que dicen así á cada uno de nosotros : norabuena sucumban todas las naciones, y se humillen ante el Antiocho de nuestro siglo, que á españoles pundonorosos y de conseqüencia no corresponde que seguir la voz de FERNANDO, y tener las leyes nacionales, y vivir independientes de vergonzosa servidumbre. ¿Qué importa os veais en peligro inminente de ceder, si teneis ánimo, y os decidís á oponeros con valor? Podrán aherrojar, y ser carceleros despiadados de los cuerpos, pero sereis libres, y en vez de recibir la ley de una mano dura, se la dareis vosotros en el fondo de vuestra alma, que no hay poder reducirla si ella no quiere, y tarde ó temprano alegres cantareis el triunfo completo. ¿No le cantaron nuestros mayores en la lucha empeñada con los alárabes por casi ocho siglos? ¿No ayudamos con nuestro brazo á que hoy le canteis vosotros, y aunque parezca vanagloria, nuestra muerte no fué el fundamento de vuestra vida? Pues aquí y en nuestras personas ved, como por

E

cima de puas se asciende á alcanzar la palma del triunfo, y esta estocada que nos dieron, estas heridas que os mostramos, esta sangre que corre de ellas, nuestros cuerpos todo desfigurados de la cabeza á los pies, y hechos una lástima, nuestros cuerpos con voz muda dicen pero valiente, que no entre holandas y cristales se bate al enemigo, no con los arreos de afeites y perfumes livianos, no con arrastrar la espada por tierra, y hacer del valeroso en las tertulias, sino presentándose impávido en la arena del honor, armándose de la coraza y loriga del esfuerzo, escaseando las palabras, y abundando en obras en el campo de Marte belicoso, y empuñando la pica sin miedo de lastimarse ó de que le pese. Así hablan, españoles, los héroes del dos de mayo, y así encienden á la inmortalidad gloriosa con su exemplo, que ojalá le sigamos todos; y ojalá tambien los beneméritos militares y mas los artilleros ilustres se representen la imagen de Velarde y Daoiz, que al dirigirse al parque, se despiden así de

sus amigos: *vamos á morir por el Rey y por la patria, que ya estamos cansados de humillaciones.*

Y vos, Señor y gran Rey, concederé, que no alcanzó mi rudeza á sombrear el cuadro del dos de mayo de 808; pero lo que falta á mi expresion, lo suple ventajosamente la grandeza que embebe el asunto, y que se pondera á sí misma. Por si habla ese elevado trono, que salvado en hombros y á esfuerzos de los españoles, los españoles y en su nombre los Madrileños le preservaron de la usurpacion para el caso de volver á ocuparle V.M., como creimos siempre. En vano intentó socavarle la perfidia doble, pues no bien lo conocieron los habitantes de Madrid, quando por entre el peligro de la ruina que pudiera amenazar, acuden á mantenerle en pie á poder de brazos y con mampostería de pechos fuertes, que cierto es obra del mayor encomio, y la mas atrevida entre quantas se conocen; de suerte, Señor, que en cierta manera tienen la gloria de ser restaurado-

res de vuestro asiento Real, y de eso se complacen mucho, y para ellos es un nuevo blason, que añadir al escudo de sus armas. Vuestro solio, Monarca excelso, no como el de algunos príncipes está levantado sobre víctimas, sacrificadas á una inquieta ambicion por figurar en el teatro del mundo, y hacerse notables en el mapa de los siglos, se cimienta sí sobre cuerpos entre otros de vuestros amantes Madrileños, los primeros que generosamente dieron la vida por FERNANDO el perseguido, para que FERNANDO un tiempo hiciese las delicias de España con su gobierno justo quanto suave; así que permítame decir V. M., que vuestro trono hoy le sostienen miles de cadaverés que palpitan aun, que los ínclitos Velarde y Daoiz son los guardias de vista de un y otro lado, y que le circunda un foso de sangre española, el qual puede alguno intentar pasarle con ligereza inconsiderada, pero esté seguro que al paso y antes que consiga el fin, sentirá un volcan que le abraze vivo: si ya es cierto tam-

bien, que esta sangre misma ante Vos plácidamente ondea, y como quien rinde homenage respetuoso. Porque la sangre española, Señor, si es hervorosa contra el enemigo protervo, delante de su Rey es mansa, apacible, y nunca que sale de madre á manera de impetuoso torrente; con que dignese mirarla V. M., que ni ofende con su vista, ni despide mal olor, y al cabo la sangre de los hijos siempre pareció bien á los ojos del padre. Hijos eran vuestros, los que murieron por vuestra causa el dos de Mayo de 808, hijos que piden por sus hermanos, hijos que incorporándose unos aquí, y saliendo de la estrechez de esas urnas, y ocurriendo otros en el Prado hermoso, piden con toda su alma, que si galardón ó premio alguno merece lo que ellos hicieron, le conceda V. M. en gracia de los que vivimos, y á todos nos abrigue baxo el manto de su clemencia, para vivir en unidad de corazones en esta vida, y juntos despues cantar gloria y paz eterna en la otra. AMEN.

bien, que esta sangre misma ante Vos pla-
 cidamente oída, y como quien tiene ho-
 menaje respetuoso. Porque la sangre res-
 ponda Señor, si es hervoroso con la carne
 migo protectoro, delante de ad Rey es man-
 sa, apacible, y nunca que sale de madre a
 manera de impetuosos torrentes; cuando dig-
 nose mirarla V. M., quien ofende con su vis-
 ta, ni despiden mal olor, y al cabo la sangre
 de los hijos siempre parció bien a los ojos
 del padre. Hijos eran vuestros, los que man-
 ron por vuestro causa el día de Mayo de 808,
 hijos que piden por sus hermanos hijos que
 incorporándose unos a otros, y saliendo de la es-
 trechez del esas unas, y ocurriendo otros
 en el Estado de los unos, y con toda su al-
 ma, que si el Señor de algún modo merece
 lo que ellos merecen, conceda V. M. en
 gracia de los días, y a todos mostrar
 que baxo el manto de su clemencia, para
 vivir en unidad de corazones en esta vida,
 juntos después con gloria y paz eterna
 en la corte AMEN.



UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1021

UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1021

UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1021



UVA. BHSC. CEG. 13. 2. 1021